

Ranking de libros

LOS LIBROS MÁS VENDIDOS
Desde el 8 al 14 de octubre de 2026

FICCIÓN	
1	EL DÍA DE LA TRILLA (EMPÍREO 4) Rebecca Yarros / Planeta
2	EL BUZÓN DE LAS IMPURAS Francisca del Solar / Stefano
3	LAS GRATITUDES Delphine De Vigan / Anagrama
4	UNA FAMILIA MODERNA Julia Navarro / Plaza & Janés
5	CADÁVER EXQUISITO Agustina Bazterrica / Alfaguara
6	LA BOLERISTA DE ALGORTA Hernán Rivera Letelier / Alfaguara
7	LA CASA DE LOS ESPÍRITUS Isabel Allende / DeBolsillo
8	LA CORRESPONSAL Virginia Evans / Vergara y Riba
9	NOCHES BLANCAS Fiodor Dostoievski / LOM
10	ORGULLO Y PREJUICIO Jane Austen / Penguin Clásicos

NO FICCIÓN	
1	MÁS ALLÁ DE LA CONCORDIA Guillermo Parvex / Ediciones B
2	EL CANTO DEL CISNE Charles Spencer / Plaza & Janés
3	EL LÍDER QUE NO TENÍA CARGO Robinson Sharma / De Bolsillo
4	MAGNIFICA HUMANITAS León XIV / Ediciones UC
5	SIN RESPETO Byung-Chul Han / Paidós
6	SOBREVIVIR EL DUELO José Tomás Vicuña / Ediciones B
7	EL HOMBRE EN BUSCA DE SENTIDO Viktor Frankl / Herder
8	MAPOCHO INCAICO Rubén Stehberg / Crítica
9	EL CASO DE LA MUÑECA BIELORRUSA Carlos Gajardo / Aguilar
10	MI PSICOLOGA ME DIJO. 110 SESIONES PARA... Katherine Hoyer / Ediciones Dejá Vú

Librerías consultadas: Antártica, Feria Chilena del Libro, Ediciones UC, Trayecto Bookstore, Lolita.

La nueva fiesta de Rodrigo Fresán

Este 22 de octubre se cumplen cien años de “The Sun Also Rises”, primera novela de Ernest Hemingway, y Rodrigo Fresán se acerca a ella con paciencia deslumbrada en su nuevo pequeño ensayo “Sol y sombra y fiesta”.



La columna de
María José
Navia

Lo titularon “Fiesta” pero es un libro triste. Tristísimo. Que termina con una pregunta que no respondemos porque no se puede, porque no se debe. O quizás, podría decir: un libro que comienza con una foto y termina con una pregunta. Aunque quizás los libros no terminan. Y tienen muchas maneras de empezar. En su novela (de título “The Sun Also Rises” pero que, en español, se ha traducido a veces como “Fiesta” y, otras, como “El sol también se levanta”) Hemingway muestra a un grupo de amigos, encandilados e inflamables, que viajan a Pamplona para San Fermín. El alcohol acompaña y la pasión también, aunque no toda ella pueda expresarse. Es lo que pasa con el protagonista, quien ha quedado marcado por la guerra en algo íntimo que nunca se termina de dilucidar. Una sombra (quizás la verdadera sombra del título del libro de Fresán) que oscurece su relación con Lady Brett, a quien admira desde lejos y cuida, a veces, desde muy cerca, mientras ella causa estragos en todos a su paso, incluido un torero. Así la define Fresán en su ensayo “Sol y sombra y fiesta”: “Brett no solo es el amor imposible (pero cierto, real, de Jake), también es una mujer imposible en todo el sentido de la palabra” o, también, “Brett es fatalista mujer fatal y está enamorada de un amor perfecto que no puede ser”.

Aquí empieza el iceberg en un libro con tanto sol. Esas frases que esconden tanto, pero brillan. Desde París a San Sebastián, a Pamplona, a Madrid, mandando telegramas de un lado a otro, paseando con sus maletas por hoteles, como fantasmas, los amigos hablan, beben, gritan. Hay toros por ahí, por supuesto, pero quizás no es lo que más importa. Y Rodrigo Fresán, en su nuevo libro, también —y tan bien— acompaña en

este viaje. Nos regala su sabiduría, no solo de años leyendo a y sobre Hemingway sino sobre toda la historia de la literatura norteamericana: su amistad/rivalidad con Francis Scott Fitzgerald, la forma en que se convierte en Papa Hemingway (que es sol y sombra y tal vez fiesta), y el eco inmenso que dejó: en los involucrados (hay mucho de autobiográfico aquí; como escribe Fresán: “Es, nada más y nada menos, no-ficción automáticamente reescribiéndose en sí-ficción”) y en la literatura que siguió. Una novela que encontró a la generación perdida, le puso palabras, se escribió a toda velocidad después de que el autor estuviera en San Fermín. O, de nuevo, en palabras de Fresán: “Una virtual y poco virtuosa y muy original *originstory*”, “una desamorado historia de amor tan profundo como imposible”, “una carnal y descarnada crónica de lo que ha sucedido con las pérdidas ilusiones de una generación de posguerra que siente que no ha ganado nada...”

Fresán escribe como si no supiera lo que va a encontrar en esa novela que ha leído tantas veces y, al hacerlo, comparte con nosotros la sorpresa, el deslumbramiento. Nos recuerda que leer también es esto: descubrir guiños, constelaciones, entender que una obra nunca se termina en sí misma (al menos, es el caso de los grandes libros) sino que abre ventanas y puertas: a otros autores, a otras lecturas, a otras películas. Fresán lo leyó y vio todo: lo sigue, lo aplaude, aún confesando que, de tener que elegir, sus apuestas van siempre para Scottie antes que para Papa Hemingway. Dice de estos dos autores: “La de Hemingway y Fitzgerald

es una de las amistades literarias más arquetípicas y paradigmáticas y, finalmente, de una turbia sencillez en su transparente complejidad. Las relaciones entre escritores nunca fueron ni son sencillas y serán, siempre, desparejas, desequilibradas: Hemingway es colega, Fitzgerald es fan”.

Pero no solo Fitzgerald sale al baile en este ensayo, sino también diferentes autores que describen la obra de Hemingway y su impacto y que Rodrigo Fresán invita a su fiesta. Uno de ellos, John Cheever, comenta que “lo que recordamos de su obra no es tanto el color del

cielo como el sabor absoluto de la soledad”. Rodrigo Fresán es autor de libros gigantes. Desmesurados, eruditos. Enormes. Llega aquí, ahora, realizando el gran prodigio de un nuevo libro breve, como lo hizo el año pasado con su ensayo El pequeño Gatsby. Se trata de pie-

zas pequeñas pero implacables de su universo siempre en constante expansión y que va releyendo a la vez que conjura nuevas historias. Como lo hizo anteriormente con la obra de Herman Melville en su muy premiada novela “Melvill”, o la obra de J.M. Barrie en “Jardines de Kensington”, o “Cumbres Borrascosas” en “La parte soñada”, o la obra de San Agustín en “El estilo de los elementos”, por solo mencionar algunas. En la tradición de los súper lectores argentinos (como Borges o Piglia), Rodrigo Fresán repasa a los “party-cipantes” de la fiesta de Hemingway, ahonda en sus ecos, brinda con nosotros y nos deja maravillados frente a esta Gran Novela Americana.

Aquí empieza el iceberg en un libro con tanto sol. Esas frases que esconden tanto, pero brillan.

cielo como el sabor absoluto de la soledad”. Rodrigo Fresán es autor de libros gigantes. Desmesurados, eruditos. Enormes. Llega aquí, ahora, realizando el gran prodigio de un nuevo libro breve, como lo hizo el año pasado con su ensayo El pequeño Gatsby. Se trata de pie-

zas pequeñas pero implacables de su universo siempre en constante expansión y que va releyendo a la vez que conjura nuevas historias. Como lo hizo anteriormente con la obra de Herman Melville en su muy premiada novela “Melvill”, o la obra de J.M. Barrie en “Jardines de Kensington”, o “Cumbres Borrascosas” en “La parte soñada”, o la obra de San Agustín en “El estilo de los elementos”, por solo mencionar algunas. En la tradición de los súper lectores argentinos (como Borges o Piglia), Rodrigo Fresán repasa a los “party-cipantes” de la fiesta de Hemingway, ahonda en sus ecos, brinda con nosotros y nos deja maravillados frente a esta Gran Novela Americana.

Crítica de cine

Encuentros y desencuentros

CHRISTIAN RAMÍREZ

En medio del extenso rodaje de “Roma Ciudad Abierta”, la producción de Roberto Rossellini se quedó varias veces sin material con qué filmar. No eran los únicos: tras la segunda guerra, la industria cinematográfica italiana, uno de los orgullos de Mussolini, había quedado prácticamente demolida y los realizadores locales se las arreglaban como podían para continuar con su trabajo. Por las buenas y por las malas.

Comiendo en casa de Woody Allen más de cuarenta años después, el legendario director de fotografía Carlo Di Palma contaba a los asistentes que Rossellini lo ocupaba como el chico de los mandados y como tal solía ir a buscar latas de película contrabandeada a los laboratorios fotográficos custodiados por las tropas de ocupación. “Siempre me acuerdo de un sueco que trabajaba en Cinecittá. Buen tipo. Se había enterado de la filmación y nos pasaba película virgen directo de la bodega, sin cobrar”. No había terminado su relato cuando alguien sentado al final de la mesa lo interrumpió.

—Creo que ese sueco era yo. La voz era la de Sven Nykvist, quien décadas antes de fotografiar una quincena de proyectos más para Ingmar Bergman, ha-

bía trabajado durante un par de años en Italia durante la guerra en calidad de asistente de cámara.

Los comensales no lo podían creer: dos artistas clave de la historia del cine se habían encontrado de jóvenes y, sin preguntarse el nombre siquiera, habían puesto su granito de arena en la creación de uno de los grandes filmes del siglo XX. ¿Qué clase de coincidencia era ésta? ¿Qué moraleja tenía esta historia?

Lo más probable que ninguna. Los encuentros entre grandes artistas suelen ser más azarosos y fortuitos que significativos. La mayor parte de las veces, como le pasó a James Joyce y Marcel Proust la noche del 22 de mayo de 1922 — única ocasión en que ambos genios se toparon— la conversación decanta hacia lo anodino y lo general antes de seguir cada uno por su lado. Asimismo, la gran mayoría de los directores que se reúnen en eventos públicos apenas alcanzan a cruzar una que otra palabra frente a las luces y los flash.

El resto del tiempo esta gente suele estar demasiado ocupada en sus proyectos como para socializar con sus congéneres; salvo, eso sí, que exista un interés especial en al menos de una de las contrapartes, casi siempre la más joven. Al respecto, el mejor ejemplo siempre será François Truffaut, quien se acercó a Jean Renoir (cuando éste

volvió a París, tras pasar una década en Hollywood), a Rossellini (que buscaba desesperado proyectos en Francia, para salir de la quiebra) y también a Hitchcock (quien accedió a ser entrevistado en profundidad por el francés) no sólo por un asunto de reverencia estética, sino por su incansable búsqueda de “padres artísticos” a quienes admirar y también acoger. De adolescente Steven Spielberg fue vapseado por el brutal humor de John Ford —el mismo lo cuenta, en la secuencia final de “The Fabelmans”— y muchos años más tarde se acostumbró a pasar horas al teléfono conversando con un Stanley Kubrick que sólo quería hablar y hablar de cine. Wim Wenders tuvo la mala idea de convertir en película la lucha de Nicholas Ray contra el cáncer, pero, aparte de que el cineasta resultó un hueso duro de roer, lo peor fue que eventualmente el hombre se le murió en el camino y gran parte de sus amigos repudiaron el filme resultante (“Relámpago sobre el agua”, 1979). En ocasiones, simplemente quedas a merced de quien tiene la sartén por el mango: cuando Cameron Crowe intentó repetir con el nonagenario Billy Wilder la entrevista que Truffaut había hecho con Hitchcock, el viejo desplegó un carácter y un ingenio que sobrepasaban mucho el del creador de “Jerry Maguire”, y vaya que se



Luis Buñuel y sus amigos en una reunión de 1972, en casa de George Cukor.

nota eso en su libro de conversaciones.

A veces, lo importante es que te vean, como pueden atestiguar quienes se colaron en la foto que Michael Kovac sacó el 19 de septiembre pasado durante la inauguración del Lucas Museum of Narrative Art y que reunió a George Lucas, el dueño de casa, con Robert De Niro, Spike Lee, Christopher Nolan, Francis Coppola, Peter Jackson, Denis Villeneuve y Guillermo del Toro, entre muchos otros. Las redes de inmediato reventaron y no faltaron los apurones que la declararon como el encuentro de directores más importante de todos los tiempos. No tenían idea que en noviembre de 1972, George Cukor había invitado en su casa de Beverly Hills a una docena de veteranos para homenajear a

Luis Buñuel. Llegaron Hitchcock, Ford, Wilder, William Wyler, Rouben Mamoulian, Robert Wise y George Stevens. En sus memorias, Buñuel cuenta que Hitchcock se sentó al lado suyo para hablar de vinos, de comida y sobre todo de la pierna cortada de “Tristana”. Fritz Lang falló a última hora. Estuvieron de fiesta toda la tarde. Cuando llegó la prensa a hacer las fotos, John Ford ya se había ido. “Cuántas películas alrededor de aquella mesa iluminada por candelabros”, escribió el español. “Se celebraba en mi honor una reunión de fantasmas que nunca se habían encontrado y que hablaban todos de los *good old days*, de los buenos viejos tiempos”.

Quizás ese, y no otro, sea el verdadero sentido de esos encuentros.

20 BATALLAS QUE CAMBIARON LA HISTORIA

UNA COLECCIÓN QUE REVIVE LAS PRINCIPALES CAMPAÑAS DE LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL.

EN KIOSKOS
UN LIBRO CADA
LUNES POR SOLO
\$4.990 c/u

PRECIO REGIONES I, II, III, XI, XII Y XV: \$6.990 C/U
2 PRIMERAS ENTREGAS FRECUENCIA QUINCENAL

LUNES 19
LIBRO Nº 7
LA DEFENSA DE MOSCÚ

¡SUSCRÍBETE!
A LA COLECCIÓN
COMPLETA A PRECIO
PREFERENCIAL

COLECCIONES
EL MERCURIO

www.coleccioneselmercurio.cl

1. Stock de 2.000 unidades por cada entrega hasta agotar. 2. Cada entrega estará disponible en kioscos adheridos a la colección durante 7 días desde la fecha de cada entrega. 3. Los valores mencionados no incluyen costos de despacho por compras en internet. 4. Costo de despacho desde \$5.000 dependiendo de cada comuna, peso y dimensiones del producto. 5. El detalle de las entregas está disponible en el sitio web www.coleccioneselmercurio.cl. 6. La Empresa se reserva la posibilidad de modificar, suspender o dar por terminada la publicidad de la colección en cualquier momento, así como de variar la frecuencia de aparición, el precio y el número de entregas en casos de fuerza mayor o por circunstancias ajenas a su control (importaciones, licencias, proveedores, etc.)